



Virtualia

Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana

SUMARIO

#19

Octubre / Noviembre 2009

DOSSIER SÍNTOMA Y LAZO SOCIAL - ENAPaOL

El delirio de normalidad

Por Eric Laurent

Respuestas a lo impolítico de las urgencias subjetivas

Por Guillermo Belaga (EOL)

Glenn Gould y sus aparatos de goce

Por Myriam Mitelman (EFP)

La depresión actual

Por Graciela Sobral (ELP)

El síntoma, su opacidad y su funcionamiento

Por Gabriela Camaly (EOL)

El desenlace social en la institución - la casa de los objetos *a*

Por Marcelo Veras (EBP)

Formas singulares de lazo

Por Maria Hortensia Cárdenas (NEL)

Ser síntoma de otro. Una respuesta a la paradoja del lazo entre los sexos

Por Marisa Morao (EOL)

La imposible apropiación del capital humano

Por Marisa Alvarez (ELP)

Tiempos modernos. Una perspectiva lacaniana

Por Alejandro Willington (EOL Sección Córdoba)

MESAS REDONDAS

En consonancia con el tema del IV Encuentro Americano, Enapool –El síntoma y el lazo Social- se desarrollaron dos mesas redondas; una en la Facultad de Psicología de Buenos Aires organizada por la Cátedra de Psicoanálisis Freud I, y la otra en el Hospital Álvarez de la misma ciudad, en el marco de las jornadas “Salud Mental, Salud Social”.

En ambas, los participantes desarrollan sus intervenciones sobre la relación entre síntoma y lazo social en Freud y el contraste relevante entre la primera enseñanza de Lacan y la última, así como también sobre la aplicación del psicoanálisis en nuestra época.

Encuentro en la ciudad. “Síntoma y lazo social”

Por Daniel Millas, Pablo Fridman, Clara Schor Landman, Patricia Markowicz, Guillermo Belaga

Mesa redonda El lazo y el síntoma

Por Jorge Aleman, Clara Schor-Landman, Guillermo Belaga, Osvaldo Delgado

OPACIDAD DEL SÍNTOMA FICCIONES DEL FANTASMA XVIII Jornadas Anuales de la EOL

Del fantasma como ficción a la opacidad del síntoma

Por Gerardo Maeso

Entre síntoma y fantasma

Por Ennia Favret

LA OPINIÓN ILUSTRADA

Sociedad del espectáculo: solo existe lo que se ve

Por Paula Sibila

VARIEDADES

La sexualidad en los desfiladeros de la histeria

Por Javier Garmendia

Lacan y el comienzo de Joyce en la vida

Por Juan Fernando Pérez (NEL)

La extimidad de Oscar Masotta

Por Cesar Mazza (EOL - Cordoba)

El testimonio en la era de las catástrofes: el horror como experiencia traumática

Por Laura Arias

La psicosis ordinaria como diagnóstico psicoanalítico

Por Gloria Maron (EBP)

¿Cuál el lugar para el síntoma psicótico en el diagnóstico estructural de Lacan?

Por Paula Borsoi (EBP)

Soledades

Por Mario Goldenberg

De equivocaciones y satisfacciones

Por Blanca Sánchez

El deseo del analista: saber hacer con lo que hay

Por Adriana Rubinstein

El imperio de la felicidad

Por Silvia Baudini



Virtualia

Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana

SUMARIO

COMENTARIOS DE LIBROS

Colofón 29

Daniel Aksman

Para una izquierda lacaniana, de Jorge Alemán

Oscar Zack

El Seminario 18 de Jacques Lacan

Eduardo Benito

Violencia/s, de Silvia Ons

Emilio Vaschetto | Ed. Paidós, Buenos Aires 2009

Resonancia y silencio

Enrique Acuña



DOSSIER

La depresión actual [*]

Graciela Sobral (ELP)

Para dar cuenta de la actualidad de la depresión y sus razones, se describen aquellas características de la época que redoblan las condiciones propias de la constitución subjetividad. En este sentido, el acceso al goce del objeto de consumo sin mediación simbólica es correlativo de las dificultades de sostener el deseo, y la renuncia al mismo deriva en un efecto depresivo, situado por Lacan como cobardía moral. No obstante, paradójicamente, ante las dificultades con el deseo el sujeto encuentra amparo en la depresión. En la clínica, introducir al sujeto en la dimensión de la alteridad, de la palabra, es la propuesta que se indica.

El remordimiento

He cometido el peor de los pecados
Que un hombre puede cometer. No he sido
Feliz. Que los glaciares del olvido
Me arrastren y me pierdan, despiadados.
Mis padres me engendraron para el juego
Humano de las noches y los días,
Para la tierra, el agua, el aire, el fuego.
Los defraudé. No fui feliz. Cumplida
No fue su joven voluntad. Mi mente
Se aplicó a las simétricas porfías
Del arte, que entreteje naderías.
Me legaron valor, no fui valiente.
No me abandona. Siempre está a mi lado
La sombra de haber sido un desdichado.
Jorge Luis Borges, Buenos Aires, 1975

La depresión es una cuestión de total actualidad, mi intervención es un intento de desarrollar esta idea, para eso quisiera mostrar que la depresión es un efecto de la época, que redobla una dificultad propia del ser humano, y que la sola administración de fármacos no es suficiente para su tratamiento. La depresión neurótica es como un velo que cae sobre los sujetos, que permanecen ciegos en relación a sus verdaderos problemas, y se quejan de su malestar sin poder poner remedio porque no encuentran el lugar donde deben ponerlo.

¿Por qué hay tantas consultas por depresión? Las personas están deprimidas... ¿Se trata de una nueva enfermedad?
¿Qué relación tiene la depresión con la época?

La depresión y la época

Como su nombre lo indica, el sujeto que se dice deprimido aparece como en una hondura, en descenso o en baja respecto de algo. Se decía que la depresión era la enfermedad del siglo XX, ahora lo decimos respecto del siglo XXI: después de los problemas cardiovasculares es la enfermedad que más bajas laborales va a producir en este siglo. Si bien el término depresión ha existido desde siempre, es recién en el siglo XX cuando toma una significación vinculada a lo psíquico. El psicoanalista francés S. André dice que entra en la psiquiatría a partir de la economía, como un deslizamiento que se produce de un campo a otro. Me parece una idea interesante, porque en una época

donde el capitalismo triunfa y se expande el modelo de la bolsa, con su alza y su baja, pasa a ser un paradigma que nos sirve para pensar las cuestiones de la época, no sólo la economía sino también la subjetividad.

Efectivamente, podemos caracterizar la época como la del triunfo del capitalismo y la globalización, la época de la sociedad de consumo. Pero el único deslizamiento al que asistimos no es el que se produce con el término depresión. La época da lugar a un tipo de sociedad y de subjetividad que tiene unas características particulares, tanto en relación a la forma de vivir como en relación a la forma de enfermar. Hablamos de una época en la que constatamos una decadencia de lo simbólico (de la palabra, del relato, de los ideales, de la ley, de la autoridad) y frente a esta decadencia, encontramos el auge del “derecho” a la satisfacción inmediata, al goce fácil del objeto tecnológico y la gran pregnancia de lo imaginario.

Esta “época del consumidor” tiene algunas características que debemos destacar para entrar en la lógica de la depresión.

Como consecuencia de la decadencia de lo simbólico, los ideales devienen imperativos, ya no se trata de ideales vinculados al deseo que guían de la buena manera la vida de las personas sino de imperativos que normalmente están vinculados a algo que se puede medir en términos de éxito o fracaso y que habitualmente no se alcanza, porque siempre se podría llegar más lejos (tener más dinero, estar más delgada, etc).

Por lo tanto, las personas se mueven más en la dimensión de la exigencia que en la del deseo. Cuando se desea se encuentra un camino para realizar el deseo que no pasa por la exigencia, en el deseo se trata de un trabajo del propio sujeto que encuentra una cierta satisfacción en su realización, una satisfacción articulada a lo simbólico y lo imaginario (- phi), que no se parece a la satisfacción directa del objeto de consumo.

El consumo actualmente excede las cosas materiales y se transforma en consumo de confort psíquico y de salud (este es el texto de una tanda de anuncios en la televisión: toma café que tiene antioxidante; compra una hora de tiempo libre para mamá; usa crema corporal Xxxxx, que activa las defensas de la piel; compra un Chevrolet, te hará feliz o te devolvemos el dinero). Es decir que la exigencia incluye el bienestar emocional y la salud física.

Los Estados modernos entran también en esta dinámica. Si a comienzos del siglo XX tener vida y salud era una suerte, y a mitad del siglo se convirtió en un derecho, hoy es una obligación. El Estado lucha contra la velocidad, la obesidad, la anorexia, el alcohol, el tabaco, etc, etc, y nos vigila, nos controla y nos dice cómo debemos vivir. Ese control llamado eufemísticamente cuidado de la salud, tiene dos aspectos. Es una forma de suplir su falta como Estado del bienestar y a la vez, es una intrusión en la vida y en el cuerpo de los sujetos, queriéndolos obligar a estar sanos a toda costa. Con la paradoja de que el Estado quiere proteger a los ciudadanos de lo que el mismo sistema produce (como objeto de consumo incesante).

Es decir que el sujeto de nuestra época se encuentra atiborrado por el consumo de objetos y sepultado por los ideales que han devenido mandatos.

Desde este punto de vista, podemos pensar la depresión como el reverso de la exigencia que no se puede satisfacer. El sujeto está deprimido porque no está a la altura de lo que debe. El hiperconsumo de objetos (entre ellos, los fármacos en general y los antidepresivos en particular) no le procura el bienestar. Cuanto mayor es el consumo y la exigencia correspondiente de bienestar, más lejos se encuentran las personas de conseguirlo.

El sujeto

La teoría psicoanalítica concibe al ser parlante como un sujeto que se constituye en relación a un Otro (simbólico). En su constitución acontece una pérdida de goce por la separación de ciertos objetos, pero este goce se puede recuperar parcialmente como plus de gozar. Como correlato de esa pérdida, el sujeto está atravesado por una falta estructural que es la condición del deseo. Desea algo que no tiene y su búsqueda constituye los distintos avatares de la vida. En esta síntesis elemental que estoy haciendo, ubicamos al deseo en una dimensión más vital, entrelazado a la palabra, a lo simbólico. El deseo orienta hacia el encuentro con ciertos objetos, por ejemplo, los objetos de goce sexual. Pero,

actualmente, la época brinda al sujeto, como he explicado más arriba, un acceso más directo al goce, sin la mediación de lo simbólico ni del deseo. Se trata del goce autístico del objeto de consumo, que parece realizar el fantasma y resulta más letal porque deja al sujeto solo con el goce puro, sin límite.

Hay una hiancia entre el deseo y su causa. Esto es así por estructura, el sujeto desconoce lo que causa su deseo e, imaginariamente, pone la causa del lado del otro.

Jacques Lacan sitúa la depresión en el registro de la cobardía moral, la relaciona con el deber del bien-decir o de reconocerse en el inconsciente. ¿Cómo podemos entender esto? En principio, se trata de una dimensión ética que debemos situar en el registro del bien y el mal, de la verdad subjetiva; no en el registro de una dimensión psicológica que permitiría acceder a una especie de “felicidad no responsable”. La cobardía moral es no poder sostener el deseo, no poder anudar el deseo con su causa, no conducir la propia vida en el sentido en que uno quiere (sino por mandatos), no poder hacerse responsable de los propios actos. Aunque sostener el deseo no sea fácil (es más fácil entregarse al goce), la renuncia al deseo comporta un afecto depresivo, porque dicha renuncia se experimenta subjetivamente como culpa. El afecto depresivo surge cuando el sujeto no consigue hacerse amar por el propio ideal (Ideal del yo), puesto en el otro.

Podemos tomar el poema de Borges, para aclarar esta frase, tal vez oscura, de Lacan.

Dice,

He cometido el peor de los *pecados*, (la palabra “pecado” ya nos pone en la dimensión de la falta, de algo que debía hacer y no hizo o viceversa)

Que un hombre puede cometer. No he sido

Feliz. *Que los glaciares del olvido*

Me arrastren y me pierdan, despiadados. (en estos dos versos aparece el castigo por el pecado o la cobardía)

Mis padres me engendraron para el juego

Humano de las noches y los días, (en “juego humano de las noches” se puede comenzar a intuir algo vinculado a lo sexual, a la vida como hombre varón)

Para la tierra, el agua, el aire, el fuego. (en este verso aparecen los cuatro elementos, los principios básicos de la vida, que parece que tampoco aprovechó en su totalidad)

Los defraudé. No fui feliz. Cumplida (en el defraudar y en la falta de felicidad, que es lo que se esperaba de él, ya aparece la culpa. En este verso pone en el lugar de los padres a su propio ideal, frente al cual se siente en falta.)

No fue su joven voluntad. Mi mente

Se aplicó a las simétricas porfías

Del arte, que entreteje naderías. (estos versos muestran que algo pudo hacer con su deseo en el sentido de la creación artística, de la sublimación)

Me legaron valor, no fui valiente. (se refiere al valor, al coraje necesario para sostener el deseo y el goce en el sentido sexual)

No me abandona. Siempre está a mi lado

La sombra de haber sido un desdichado. (en este verso habla de la culpa por haber cedido frente al deseo, por haber dimitido, por no haber podido hacer más que “entretejer naderías”. Esta dimisión se experimenta subjetivamente como una culpa que no lo abandona)

El ser parlante que se caracteriza como un sujeto de deseo, por estructura tiene dificultad para hacerse cargo de su propio deseo. En el lugar de esta dificultad aparecen los síntomas. Este es el mapa de la neurosis. La época duplica esta dificultad propia del sujeto para hacerse con el deseo porque ofrece objetos que le brindan una satisfacción por fuera del deseo e invita a desconocer la relación con el deseo y el trabajo subjetivo que supone vincularlo a su causa perdida. El sujeto permanece abocado al goce, sin saberlo, pero experimenta malestar porque el superyo siempre pide más, este malestar se expresa en la queja por la supuesta responsabilidad del otro en sus padecimientos. Como el sujeto no puede hacerse responsable de sus actos, exige esta responsabilidad al otro (al partenaire, al médico, al Estado), exige una solución que sólo podría encontrar él mismo.

La depresión

Después de todo lo dicho, ¿cómo podemos entender la depresión?

J. Lacan plantea que los afectos engañan porque van a la deriva, que el único afecto que no engaña es la angustia (porque muestra la confrontación del sujeto con el deseo del Otro). El afecto depresivo no se puede resolver si no se pone “en causa”.

La depresión puede estar vinculada a una pérdida cuyo duelo no se termina de realizar. El sujeto, en lugar de admitir la pérdida del objeto y lo más propio que el objeto arrastró consigo, se ahoga en un estado depresivo que no lo confronta con lo que resulta insoportable asumir: la pérdida del objeto y la falta que queda de su lado. En este sentido la época ofrece alegremente el fármaco que brinda una “indiferencia narcótica”, una especie de casquillo metálico que regula las funciones y en lugar de confrontarlo, lo aísla de los afectos.

Desde otra perspectiva, el afecto depresivo muestra la devaluación, la desvalorización fálica del sujeto en relación al deseo del Otro. El sujeto se siente en menos, pierde el lugar que lo sostenía en el Otro, ya no es lo que era en el Otro y padece una herida narcisista que lo sume en un estado depresivo porque no encuentra un soporte identificador por fuera del que el Otro le brindaba. Esto es el correlato del desfallecimiento del deseo.

Frente a la dificultad para sostener el deseo, más allá de la pérdida de aquello que lo sostenía, el sujeto contemporáneo encuentra, paradójicamente, un refugio en la depresión. Encuentra un nombre que le permite identificarse y le da un lugar “soy depresivo” y, a la vez, lo fija a un malestar del cual goza sin poder saber nada.

Propuesta clínica

Se trata de introducir la dimensión de la alteridad: de la palabra, de la interlocución, introducirla en la cura para rescatarla en el sujeto. Cuando la persona que consulta puede tomar la palabra y pensar en relación a su historia, su posición cambia.

Si hemos caracterizado un mundo y, correlativamente una práctica clínica, basados en el consumo del objeto y en el desconocimiento de la verdad subjetiva, se trata de poner en juego frente a la “psicoterapia con objeto” una “psicoterapia con Otro”. Introducir al sujeto en la dimensión de la palabra, darle un lugar donde reescribir su historia, donde pensar su vida y su responsabilidad en relación a los acontecimientos que ha protagonizado y donde poder, en última instancia, recuperar algo de su dignidad humana (en contra de su “cosificación”).

Cuando el sujeto puede pasar de la queja inicial a la interrogación en relación a lo que queda de su lado en cuanto a lo que le toca vivir y a la conexión que eso tiene con su propia historia, la vivencia subjetiva cambia. El afecto depresivo comienza a diluirse y en su lugar aparecen otras cosas, más verdaderas: preguntas, dudas, tristeza, rabia, una interrogación sobre la vida y el malestar que es, en definitiva, lo único que puede permitir una rectificación subjetiva, un cambio.

Para concluir, también podemos pensar que la depresión es un síntoma no sólo del sujeto contemporáneo sino de la clínica actual. En la psiquiatría han desaparecido las grandes observaciones clínicas que le dieron su grandeza y en su lugar dominan los manuales diagnósticos que se organizan en función de los nuevos medicamentos. En el terreno psicológico, la corriente cognitiva conductual tan en boga, reduce la riqueza subjetiva a una serie de comportamientos y aprendizajes que podrían ser modificados sin más.

Referencias bibliográficas

- Vaschetto, E. (compilador) : Depresiones y psicoanálisis, Ed. Grama, BsAs
- Bruckner, P: La euforia perpetua, , Ed. Ensayo Tusquets, Barcelona
- Lipovetsky, G: La felicidad paradójica, Ed. Anagrama, Barcelona
- André, S.: La impostura perversa, , Ed. Paidós Cpo. Freudiano, Barcelona
- Lacan, J.: Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión, Ed. Anagrama, Barcelona
- Orexis, Jonas: Síntomas de nuestra época: Trastornos de la alimentación, toxicomanías y depresión, Embajada de Italia, Madrid

Notas

* Este trabajo ha sido presentado en la II Jornada Clínica del SSM de Moratalaz-Vicálvaro, de Madrid, en marzo de 2008 y posteriormente publicado en Psicoanálisis y el Hospital N° 34, en Bs.As.